

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXVIII



MADRID
TOMO CCXVIII - CUADERNO I
ENERO-ABRIL 2021



† *Excmo. Sr. D. Miguel Artola Gallego*

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

DON MIGUEL ARTOLA GALLEGO

NECROLOGÍA

La gran repercusión que en todos los medios de comunicación tuvo el fallecimiento en Madrid, el día 26 de mayo de 2020, de D. Miguel Artola Gallego fue sencillamente la expresión del reconocimiento —merecidamente justo, lo digo ya— de su extraordinaria obra historiográfica y de su significación —señera, decisiva, también lo subrayo— en la historiografía española. No es solo que Artola haya sido uno de uno de los más importantes historiadores españoles desde los años cincuenta del siglo pasado hasta, literalmente, el momento mismo de su fallecimiento, que le sorprendió trabajando nada menos que sobre la Revolución Francesa en tanto que origen de la modernidad política occidental. Esa estimación pública, que mereció por sus libros, todos excelentes y varios memorables, como enseguida se dirá; que mereció por la labor docente que realizó en las universidades de Salamanca (1960-1969) y Autónoma de Madrid (1969-1993), y por las varias empresas colectivas de fuste ciertamente considerable por él impulsadas y dirigidas (como la llamada Historia de España “de Alfaguara” o la Enciclopedia de Historia de España, y cito solo las dos más señaladas, pues como es sabido hubo muchas otras); esa estimación, repito, no sería poca cosa. Artola tuvo en vida, por todo ello, amplio reconocimiento: académico de la Real Academia de la Historia (elegido el 20 de marzo de 1981), Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales (1991), Premio Nacional de Historia (1992), por la Enciclopedia de Hª de España citada, presidente del Instituto de España 1986-1995, Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio (1996), doctorados Honoris Causa por las universidades del País Vasco y Salamanca, Medalla de la Universidad Autónoma de Madrid (1993).

Pero decía que no es sólo eso. Creo con sinceridad que la significación intelectual de Miguel Artola —y hago un esfuerzo para no decir Don Miguel Artola,

esfuerzo que, como todos los historiadores de mi generación, tuve que hacer en su día para tutearle y dirigirme a él llanamente por su nombre, prueba evidente de mi/nuestra intimidación generacional ante su formidable *autoritas* (que ocultaba no obstante, como pudimos descubrir pronto, una cordialidad y simpatía francas, rectilíneas)—; creo con sinceridad, decía, que la significación de Artola trascendió el círculo de su especialidad, de lo que con un término necesariamente transeúnte llamamos contemporaneísmo, y que entró de lleno y con fuerza propia en ámbito de rango superior al del especialismo. Por decirlo de una vez, creo, en definitiva, que Artola forma parte ya, y parte principal, del pensamiento español contemporáneo.

No se trata —no es ésa desde luego la intención— de una afirmación devocional. Como he tenido ocasión de plantear en más de una ocasión —por ejemplo, en esta Real Academia de la Historia, en mi discurso de recepción en la misma, de 13 de diciembre de 2015—, Miguel Artola, Jesús Pabón, José M^a Jover Zamora, Carlos Seco Serrano, Vicente Palacio Atard, Manuel Tuñón de Lara, Juan Marichal, Vicente Cacho Viú (y aun no siendo español, Raymond Carr) integraron —me resulta doloroso, al mencionar sus nombres, utilizar el verbo en pasado— la generación fundacional del contemporaneísmo, lo que equivale a decir que protagonizaron el giro historiográfico que en la década de 1960 (con los precedentes que se quiera) hizo del estudio de los siglos XIX y XX (esto es, fin del Antiguo Régimen, revolución liberal, pérdida de América, guerras carlistas, construcción de España como Estado nacional, poder civil/poder militar, organización territorial del estado, atraso económico, caciquismo, el 98, Marruecos, II República, guerra civil, dictadura...) las claves para entender lo que, en razón de esa misma historia, aparecieron como el fracaso —parcial, relativo— de España como nación y Estado modernos, y como la crisis del siglo XX, cuya expresión extrema fue, lógicamente, la tragedia española, la guerra civil de 1936-39. Miguel Artola —y repito: Pabón, Jover, Seco, Palacio Atard, Tuñón, Marichal, Carr, Cacho Viu— hicieron en efecto de la historia de España de los siglos XIX y XX un “territorio del historiador” (por usar de prestado un término que, yo al menos, tomo de la historiografía francesa), precisamente porque hicieron del contemporaneísmo una disciplina rigurosa y académica.

Esto último resulta, por descontado, importantísimo. En el prólogo que en 1953 escribió para *Los afrancesados*, el primer libro de Miguel Artola, don Gregorio Marañón destacaba como principales cualidades de la obra de Artola estas cuatro: pulcritud, rigor, minuciosidad y responsabilidad. Eso, que era así en 1953, continuó siéndolo a todo lo largo de la vida y la obra de Artola. Eso fue lo que hizo que nuestro admirado compañero (maestro para muchos de nosotros) terminase por adquirir significación altísima en la historiografía contemporánea española y por extensión en la vida intelectual del país. Diré —entre paréntesis— que no podía ser de otra forma, porque pulcritud, rigor, minuciosidad y responsabilidad

(¿qué acierto de Marañón en la elección de los conceptos!) constituyen, o deben constituir, requisitos obligados del oficio de historiador (al extremo que, sin ellos, un libro de historia no es en puridad un libro de historia).

La obra de Artola tiene, además, características adicionales propias, que cabría asimilar a su propia personalidad. Porque es una obra que al asomarse a ella transmite de inmediato una impresión insoslayable de reciedumbre, de vigorosidad, de fuerza. Artola abordó, en efecto, muy pronto grandes temas de la España del siglo XIX. Definida su vocación —cuando terminó el bachillerato sólo sabía, aunque no fuese poco, que quería hacer historia—, e interesado así en temas de historia política y en el periodo en torno a 1808, su proyecto inicial se planteó el estudio de las que se le presentaron como las tres fuerzas o culturas políticas que alentaban, aunque fuese desorganizadamente, en lo que pronto él mismo definiría como los orígenes de la España contemporánea, esto es, absolutistas, liberales y afrancesados. Estudió primero —en su tesis doctoral, en Madrid, dirigida por D. Ciriaco Pérez Bustamante— *Los afrancesados*, y en seguida, en *Orígenes de la España contemporánea* (1959), la revolución liberal. Renunció a la tercera pieza del tríptico, los absolutistas. Pero a cambio de toda una obra, como decía, imponente: *El reinado de Fernando VII. La guerra de la Independencia y los orígenes del orden constitucional* (1968), *Textos fundamentales para la Historia* —una obra de consulta obligada—, *La burguesía revolucionaria 1808-1874*, la Hacienda española en el Antiguo Régimen y en el siglo XIX (1982 y 1986, respectivamente), la desamortización, los latifundios (1978), *Los ferrocarriles en España 1844-1953* (1978), *Partidos y programas políticos 1808-1936* (dos volúmenes, 1974), los derechos del hombre...Dicho de otro modo: por un lado, historia política de la crisis del Antiguo Régimen y de la revolución liberal (y nacimiento del constitucionalismo español); por otro, historia económica del proceso de cambio desde el Antiguo Régimen a la paulatina cristalización en España de una economía de mercado y la formación de una sociedad no estamental; doble aproximación para explicar, en perspectiva comparada, los problemas de la construcción de España como estado-nación.

Artola fue, en pocas palabras, un historiador a la manera grande: por las dimensiones de su obra, en torno a 65 libros, bien propios —los más de ellos—, bien bajo su dirección, capítulos en libros colectivos e importantes artículos en revistas académicas; y por la ambición de sus análisis y planteamientos, siempre fundamentados además en un exigente trabajo, explícito o no, de conceptualización y teorización de la materia abordada (constitucionalismo, principios de la soberanía política, instituciones del Estado, monarquía parlamentaria, historia del derecho, teoría de la política, hacienda y fiscalidad...). Por parafrasear la expresión que en el prólogo a sus *Obras Completas* de 1933 Ortega usó para referirse a su propia obra (donde dijo que ésta se reducía a que había sorprendido dos verdades: que la vida es la realidad radical y que la vida es circunstancia), Artola fue el

primero en *sorprender* lo que era una verdad histórica palmaria: que la España contemporánea, la España de los siglos XIX y XX, nació de la crisis del Antiguo Régimen, guerra de Independencia, Cortes de Cádiz y reinado de Fernando VII. Entre 1808 y 1840, España sufrió, como sabemos, una crisis gravísima, probablemente una de las mayores crisis del país en varios siglos: ocupación francesa y guerra de independencia, pérdida de la práctica totalidad de la América española, marginación internacional desde 1814, crisis política e institucional permanente, guerras civiles. No fue solo que en los años citados España pasó de Imperio a nación, según la afortunada expresión que, en su momento, 1988, acuñó Prados de la Escosura, como título de su primer y en mi opinión brillantísimo libro, *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1870-1930)*. Cuando en agosto de 1836 –si se me permite la anécdota, para mí sumamente ilustrativa– Borrow visitó en el Palacio Real al jefe del Gobierno español, Istúriz, para recibir autorización oficial para la impresión de la Biblia en España, razón de su conocido viaje a nuestro país, le impresionaron, según escribió en *La Biblia en España*, el relato de ese viaje, dos o tres cosas: “la extremada facilidad” con que obtuvo audiencia (“el portero –escribió– me hizo pasar de buenas a primeras, sin necesidad de anunciarme y sin hacerme esperar”); la “soledad reinante en aquel lugar” (recuerdo: Palacio Real, despacho del primer ministro); y la actitud del propio jefe del Gobierno, Istúriz: “estaba sentado en un sofá –describió Borrow– con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo” (a Borrow la pareció, por decirlo en sus palabras, que Istúriz meditaba el suicidio). Fue, pues, por retomar el argumento, que hacia 1840 España se había quedado casi sin estado.

Artola, reitero, fue un historiador de grandes, formidables empeños; historiador general, atento por ello a la complejidad de factores –políticos, sociales, económicos, ideológicos, culturales– que confluyen en toda situación histórica. El trabajo –dijo en una entrevista en el diario *El País*, 11 de mayo de 2013– “ha sido siempre parte de mi vida”. Sin duda por eso, Artola hizo de la historia que investigó y sobre la que escribió un pensar riguroso y exigente. Dijo en una ocasión, al referirse a Tuñón de Lara, que éste era uno de los pocos historiadores “con biografía”, lo que equivalía a decir que, por lo general, los demás no la tenemos o que, como dijo a su vez, pero ahora maliciosamente el historiador británico A.J.P. Taylor, las biografías de los historiadores no son interesantes. Probablemente sea así. En todo caso, el historiador es interesante ante todo como historiador (y su intimidad sólo le pertenece a él o ella). Artola nació el 12 de julio de 1923 en San Sebastián, ciudad a la que volvió siempre anualmente durante el verano; a la que dedicó un libro, *Hª de la reconstrucción de San Sebastián* (1963) –sobre uno de los hechos capitales de la historia de la localidad, su destrucción en 1813 y su posterior reconstrucción– y sobre la que dirigió la mejor obra de conjunto sobre su historia publicada hasta la fecha, *Historia de Donostia-San Sebastián* (2000), con colaboraciones de José Ángel García de Cortázar, Luis

Castells, Pablo Fernández Albaladejo, del propio Artola y de otros historiadores excelentes; ciudad en la que debió practicar (porque le gustaba) la natación, y en la que ya con 50 años descubrió, o pudo ahora cultivar, la navegación solitaria a vela, boga lenta, apacible, cuando se practica en la bahía de La Concha, pero decididamente arriesgada cuando se navega, como a veces hacía Artola, a mar abierta, aventurándose desde San Sebastián hacia alguno de los pequeños y bellísimos puertos guipuzcoanos cercanos (Fuenterrabía, por ejemplo), esos puertos que Baroja metaforizó en Lúzaro en *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911).

Casado en 1951 con Concha Menéndez, Miguel Artola tuvo cuatro hijos y varios nietos, algunos de los cuales—su hijo Ricardo, su nieto Miguel—prolongarán, lo hacen ya, la presencia del apellido Artola en nuestro oficio. Su vida estuvo sin duda absorbida por el trabajo, pero, como ocurrió en los años de su paso por la Universidad de Salamanca, 1960 a 1969, sin renunciar ni a la vida social ni a la amistad, como la que selló en esa etapa con dos personalidades intelectual y humanamente excepcionales, Francisco Tomás y Valiente y Koldo Mitxelena. En Madrid, en la Universidad Autónoma (1969-1993), creó el departamento de Historia Contemporánea, y acertó de lleno —otra indicación de su talento— en la elección y formación de sus discípulos y colaboradores: los primeros, Pablo Fernández Albaladejo, Fernando García de Cortázar, Manuel Pérez Ledesma, Marta Bizcarrondo, Antonio M^a Calero y Javier Donézar, y enseguida otros, también notables, de generaciones ya posteriores. Su presencia en la UAM dejó huella imborrable: “Aquellos años entre los setenta y noventa del siglo pasado —recordaría la profesora Josefina Gómez Mendoza, vicerrectora en su día de dicha universidad y miembro de número de esta RAH— fueron también los de una extraordinaria fecundidad de la obra de Artola. Pero en relación con la UAM, solo cabe recordar aquí la enorme inteligencia, sensibilidad y capacidad de participación con la que el profesor Artola vivió la transformación de la Universidad y la transición democrática en nuestro país”. “En aquellos agitados primeros años de ‘revolución’ (suave) del PNNado, de protestas estudiantiles, de discusión sobre la apertura universitaria, Artola —añadió la profesora Gómez Mendoza— siempre estuvo allí, para participar, aconsejar, atemperar me atrevería yo a decir también, como cuando con tanto ingenio como sensatez, advertía en un Claustro de aquellos agitados de la época, que el claustro sería muy soberano, pero que tuviera en cuenta que no estaba capacitado, por ejemplo, *para declarar la guerra a Estados Unidos*”.

En una de las necrologías de nuestro admirado compañero aparecidas tras su fallecimiento, en este caso en la revista *Letras Libres* (16 de octubre de 2020), Pedro Rújula, profesor de H^a Contemporánea de la Universidad de Zaragoza y director de la editorial de ésta, Prensas de la Universidad de Zaragoza, escribió que la obra de Artola combinaba en amplias dosis “erudición y ambición teórica, prestigio académico y reconocimiento editorial, coherencia historiográfica y

evolución en sus planteamientos”. Como puede deducirse de lo escrito más arriba, se entenderá que piense que no se puede decir mejor, y que añada que tengo la seguridad que ésa es también la opinión unánime de la historiografía española. Con todo, las palabras del profesor Rújula tienen desde mi perspectiva significación especial para con la memoria de Miguel Artola: porque buena parte de la obra de Pedro Rújula se centró desde el primer momento en el periodo estudiado por el propio Artola, la ocupación francesa, los sitios de Zaragoza, la guerra de Independencia, el Trienio Liberal, los Cien Mil Hijos de San Luis, y en aquella tercera pieza del tríptico que Artola proyectó en su día como fundamento inicial de su quehacer, y que luego abandonó, esto es, si se recuerda, los orígenes y la historia del carlismo; y porque el testimonio de Rújula, nacido en 1965, representa ya la opinión de la tercera generación de contemporaneístas, una generación distanciada cronológicamente de la que he llamado generación fundacional del contemporaneísmo, la generación de Artola, pero que sabe reconocer, y me complace sobre manera subrayarlo, la importantísima labor que ésta realizó, y el valor y especificidad de la obra de Artola dentro de la misma.

Evolución en los planteamientos de Artola, se leía en la cita anterior. Pienso que debió haber en ello al menos dos razones: la conciencia creciente en Artola de que la historia es ante todo complejidad, conciencia, creo, inevitable en todo historiador; y su misma ambición intelectual. La muerte le sorprendió, como dije, trabajando sobre la Revolución Francesa, un tema sin duda enorme. En 2012 escribió con José Manuel Sánchez Ron una muy voluminosa historia de la Ciencia (*Los pilares de la ciencia*), y en 2017 una especie de versión abreviada de la misma, *Ciencia: lo que hay que saber*. Más aún, en 2015 apareció bajo su coordinación el tomo *Edad Contemporánea. I. El siglo XIX* de la Historia Militar de España dirigida por Hugo O'Donnell, en el que Artola escribió, además, el capítulo sobre la guerra de Independencia; y en 2016 (con 93 años, por tanto) publicó *El legado de Europa*, una brillante síntesis –pero en modo alguno breve– sobre el pasado común de Europa, desde el Paleolítico a la Unión Europea.

Miguel Artola constituye, pues, un capítulo fundamental en la historia de la escuela histórica española. Como podrán deducir por alusiones, para quien esto escribe es ciertamente un honor, una pequeña vanidad íntima, que Don Miguel Artola Gallego hubiera nacido en San Sebastián.

JUAN PABLO FUSI AIZPURUA

Académico de número de la Real Academia de la Historia